

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 52 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos pedrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte

## SUMARIO.

Estudios de viajes, los indios del Senegal, por X.—

Una gota de rocío y una lágrima, poesia por Manuel

Cañete.—Maria, por E. B.

## ESTUDIOS DE VIAJES.

### LOS INDIOS DEL SENEGAL

(CONCLUSION.)

La guerra cruel que la serpiente habia hecho á las naciones vecinas, la continuaron los caribes, porque todos les miraban como enemigos.

Los indios del Brasil adoran bajo el nombre de Tupan á un dios que dicen preside al trueno, y cuando se muestra el cielo cubierto y ruge la tempestad, se estremecen y esclaman espantados:

—El Dios está encolerizado:

Y procuran calmarlo con ofrendas, segun algunos viajeros: otros aseguran no haber

encontrado en estos pueblos señal de idea religiosa, fundados tambien en que en su idioma no existe palabra que espresé el nombre de un dios ó de un ser que reconozcan por supremo.

El trueno es para los caribes salvajes el poder mas formidable, y se le creen deudores de la ciencia de la agricultura.

Profesan tambien un respeto religioso é idólatra á las *tamaracas*, fruto que por su figura se parece mucho á la calabaza, á la que prestan muchos honores.

Los sacerdotes cuando visitan sus tribus van provistos de amaracas ó tamaracas que hacen adorar solemnemente, llevándolas al extremo de un baston, y ricamente adornadas de hermosas plumas.

Persuaden á sus feligreses á que lleven de comer y de beber á estas tamaracas por que les hacen creer que se muestran agradecidas en que las obsequien de esa suerte.

Cuando Colon descubrió la Isla de Santo Domingo, adoraban sus habitantes á unas imágenes que llamaban *Amis*, que miraban como sus dioses tutelares y á las cuales tributaban culto y ofrecían sacrificios.



El rey era el gran pontífice de esta religion, y adoraban tambien como dioses supremos á *To-roataiha Toomoo* y *Tepapa* que segun sus tradiciones habian sido en la antigüedad puntas de roca.

Admitian otra especie de dioses de menos categoría, á los que daban el nombre de *Catuas*, y de los que dos habian sido padres de los hombres. *Tano* hijo del Dios superior y de *Tepapa*, era el que mas particularmente invocaban, porque creian que se interesaban infinitamente mas en la direccion de los negocios del género humano.

El que considera por primera vez estas regiones, no puede menos de calificarlas de muy miserables; pero reflexionando y observándoles atentamente, es preciso convenir en que son mas felices que los europeos.

No conocen el lujo ni las comodidades de la vida, y viven enteramente extraños á todo lo que una nacion civilizada presenta de curioso y de interesante; pero disfrutan en cambio de una libertad, libertad natural y primitiva que constituye el símbolo de su existencia.

No conocen mas dominacion que sus deseos, y nunca encuentran obstáculos para satisfacerlos.

La ambicion y las pasiones ruines de la sociedad les son enteramente extrañas.

Las hojas de los árboles de sus bosques, el algodón y las pieles de las fieras les bastan para abrigarse, y con el maiz, las patatas, la banana, el cazabe, la caza y la pesca, les sobra para alimentarse.

Algunas veces se sirven de la carne de los monos que la encuentran delicada.

Sin duda que la ignorancia en que viven les hace muy inferiores á nosotros, pero esto nada influye en su felicidad y es difícil que fueran mas dichosos si tratásemos de infundirles nuestros conocimientos, nuestras costumbres y nuestras leyes.

Numerosos ejemplos de salvajes que han tenido ocasion de vivir entre los europeos y conocer sus usos, prueban evidentemente esta asercion, pues que no cesan de acordarse de su pais natal, y que tan pronto como hallan ocasion, se restituyen en medio de sus compatriotas á recobrar su vida errante.

Ninguna de nuestras ciudades reúne para ellos los atractivos que los bosques y las lagunas que les vieron nacer, y desdeñan los frutos de nuestra civilizacion por una palabra que forma el todo de su vida: su independencia.

Pero lo que admira en estos hombres, es el increíble instinto de que se hallan dotados. Espuestos continuamente á los peligros de la vida errante y salvaje, en lucha abierta siempre con las fieras, saben burlar sus astucias y combatir lo mismo al leopardo, que al boá, ó que al caiman de las lagunas.

Este continuo ejercicio y la lucha incesante que sostienen con los peligros que la naturaleza ha sembrado en torno suyo, desenvuelve sus facultades al mas elevado grado, y combaten encarnizadamente en la guerra. Cuando llegan á encontrarse dos tribus enemigas, es para un combate de esterminio en que ostentan todo lo que el furor y el odio salvaje puede inventar demás cruel y demás atroz.

Sin freno ni ley humana que los contenga, pelean sangrienta y terriblemente, sin que sea bastante para formar una idea aproximada, las luchas de las mismas fieras que se desgarran y devoran entre sí con las uñas y los dientes.

Sus combates son á cuerpo descubierto y en el llano, porque nunca defienden límite alguno de terreno ni hogar determinado, porque destruidas sus chozas se encaminan á descubrir algun otro punto á propósito para establecerse y construir sus habitaciones.

La caza y la pesca les suministran sobradamente para satisfacer las necesidades de la vida, así como los árboles y la extraordinaria fecundidad del pais les convida por todas partes con sus frutos; pais que por sí solo y por su clima hace comprender la inmensa necesidad de libertad, ó mejor dicho, de vagancia que esperimentan los habitantes del Senegal.

X.



## UNA GOTA DE ROCIO

## Y UNA LÁGRIMA.

*Pura gota de rocío  
que en el cáliz de esa flor  
haces gala de su amor  
y aumentas su señorío.*

*¿Cuál es tu misión aquí?  
¿En alas del aura dar  
vida que suele durar  
lo que durar un sol vi?*

*¿Besar liviana las flores,  
cuando asoma la alborada,  
por los cantos arrullada  
de los tiernos ruiseñores?*

*¿O mostrarte, en la corola  
de la rosa purpurina,  
de la agreste clavellina,  
de la cándida amapola,*

*Como una perla caída  
en fresca aurora del cielo  
para ostentar en el suelo  
que tu presencia es la vida?*

*Responde. — ¿Por qué tan bella  
te ha formado el Criador?*

*¿Por qué estás en esa flor  
mas luciente que una estrella?*

*¿Cuál es, dime, el pensamiento  
que retratara tu hermosura  
esfaltando la blancura  
de ese jazmin macilento?*

*¿Eres quizá la esperanza,  
bajo esa forma brillante,  
que ofrece al hombre un instante  
de placer y bienandanza?*

*¿Eres la imagen del bien,  
que el sol ardiente colora,  
mas hermoso que la aurora  
en ese mágico Eden?*

*¿O acaso con tu atavío,  
como el cristal trasparente,  
has dejado alguna fuente  
para buscar algún río?*

*¿Acaso vienes aquí  
en fresca aurora temprana  
à columpiarte galana  
en un tímido aleli?*

*Responde luego: no mas  
en la duda vacilando  
me dejes ora pensando  
sin consolarme jamás.*

*Que anhelo, gota, saber  
cuál es tu misión aquí,  
ya que tan pura te vi  
retratándome el placer.*

*Y el besar las bellas flores,  
en la cándida alborada  
por los trinos arrullada  
de los tiernos ruiseñores;*

*El estar pura y brillante  
parodiando un sol, mecida  
en ese jazmin, que vida  
ha cobrado en un instante.*

*Me anuncia que ese atavío  
de tu manto de cristal  
es emblema celestial  
mas bien que humilde rocío.*



*Y si eres emblema aquí,  
si retratas el placer,  
queda en paz, que à padecer  
yo solamente aprendí.*

*Quédate en paz, de esas flores  
en el cáliz nacarado  
mientras solo y angustiado  
vivo yó con mis dolores.*

*Tan solo à padecer, perla brillante  
que fresca aurora derramó del cielo!  
tan solo à padecer! y ni un instante  
trégua pude encontrar à mi desvelo.*

*Que un agudo pesar desde la infancia  
sus alas ajitó sobre mi frente,  
como abate en los campos la elegancia  
de las risueñas flores el torrente.*

*Por él vierto, en mis cuitas apenado,  
lágrima ardiente que del alma sale;  
y, del mundo y los hombres olvidado,  
no encuentro pena que à mi pena iguale.*

*Que esa lágrima triste, que afligido  
vierto en mis horas de vigilia y llanto,  
es la espresion del pecho dolorido,  
y es pura, ó gota, cual tu puro manto.*

*Ella revela lo que sufre el alma,  
siempre en la duda vacilando inquieta:  
ella revela que apacible calma  
ni un hora sola disfrutó el poeta.*

*Que no es dado gozar en la alegría  
cuando amargos recuerdos nos maltratan,  
cuando en curso veloz, día tras día  
para martirio eterno se desatan.*

*Por eso quema como el sol ardiente  
de una seca mañana del estío;  
que no vierte el Señor sobre mi frente  
ni una gota siquiera de rocío.*

*Y es el llanto que brota de los ojos  
sangre del corazón, que se derrama,  
como en campo de espinas y de abrojos  
el huracan horrisono rebrama.*

*Por eso si los pétalos bruñidos  
de ese blanco jazmin donde te oreas  
llega à caso à tocar, miro perdidos  
los hermosos verjeles que paseas;*

*Pues si das à las flores lozania  
refrescando sus tallos olorosos,  
ella roba su paz y su alegría  
tornándolos marchitos y angustiosos.*

*Que es la espresion del alma que agitada  
sufré en silencio sin gozar un hora,  
desde que asoma el sol tras la alborada  
hasta verlo otra vez seguir la aurora.*

*Y pues tú, como perla del rocío,  
das encanto à las flores dulcemente,  
y ella, cual eco fiel del pecho mío,  
nunca refresca mi marchita frente.*

*Juntas yaced, cual misterioso emblema  
del placer y el dolor; que, en nuestra vida,  
tras el crudo pesar que el alma quema  
viene triunfante la ilusion querida.*

MANUEL CAÑETE.



## MARIA.

(CONTINUACION.)

—Monseñor! exclamó ella cuando lo vió, en nombre del cielo, dad el velo á sor María! Que sea religiosa de Nuestra Señora de Soissons antes de que yo muera. Si comparezco en la presencia de Dios antes que se verifique, me pedirá severa cuenta de haberme entregado á esperanzas insensatas y de no haber abrigado á esta pobre huérfana en la casa de Dios.

—Hermana, yo os prometo cuidar que se lleve á efecto la suprema voluntad que manifestais, pero una toma de hábito no se improvisa.

—Por la salvacion de una alma cristiana en peligro, monseñor, sí, por mi salvacion, haced lo que os pido, porque participareis de la terrible responsabilidad de mi falta.

Al decir esto levantó los ojos al cielo con desesperacion, se encendieron sus mejillas y brillaron sus ojos con una luz extraña.

—¿Esa jóven, preguntó el obispo, reúne todas las cualidades necesarias para ser admitida entre las religiosas de la abadía de Nuestra Señora de Soissons? ¿Es de un nacimiento lejítimo? ¿Desciende de noble familia? ¿Trae una dote de doce mil libras?

—La dote está allí, replicó la abadesa señalando el tesoro de la comunidad depositado en su celda. Por lo que hace á la nobleza y á la lejitimidad de su nacimiento, no lo hay mas puro ni mas ilustre.

—¿Y las pruebas?

—Las pruebas! repitió la abadesa pasando sus manos descarnadas por su abrasada frente. ¡Las pruebas! ¿Donde están? ¿Quién es el poseedor de ellas?

Estuvo recordando por mucho tiempo, entre las ansias de la muerte que ya paralizaba su memoria. Nada podia recordar y casi se desesperaba, cuando de improviso dió un grito.

—¡Ah! Dios mio, gracias por haberme vuelto la memoria! El obispo.... monseñor.... el obispo vuestro predecesor.... yo se las he entregado en depósito. Que todos salgan, que solo vos y María sepais el secreto de su nacimiento. Acercaos,

yo os le confiaré tambien; pero bajito y al oído, porque es un secreto de vida y de muerte. Habría veneno y puñales contra ella si se supiese!.. Es la hija de.... es la hija de....

El obispo y María se inclinaron para escuchar. María iba en fin á saber el nombre de su madre; mas ¡ah! los labios de la agonizante no proferian mas que sonidos ininteligibles.... Su cabeza cayó sobre la almohada, sus párpados se cerraron, se escuchó un ligero estertor y el cadáver quedó inmóvil por toda la eternidad.

María se hincó de rodillas, y el obispo rezó la recomendacion del alma, de pié y con las manos estendidas sobre el cuerpo inanimado. Cuando terminó su lúgubre ministerio se volvió hácia María para decirla:

—No temais, hija mia, que no olvidaré el interés que se tomaba por vos, la que Dios acaba de recibir en su seno, y la última voluntad que ha expresado respecto de vos. Voy á registrar los papeles de mi antecesor en esta diócesis y espero que no habrá obstáculo á que entreis pronto en la religion. Las pruebas de vuestro nacimiento lejítimo son tan necesarias, cuanto que sin ellas no podreis tomar el velo en ningun convento sin dispensa del santo padre, y el soberano pontífice no concede este favor mas que con extrema reserva y solo cuando se trata de una persona de estirpe real.

María apenas le entendió porque estaba rezando bañada en lágrimas y puesta de rodillas al pié del lecho de su bienhechora.

Devuelta en su palacio episcopal, el obispo fiel á su promesa, registró por sí mismo los papeles y títulos que su predecesor habia depositado en los archivos de la diócesis. En un mes de laboriosas investigaciones, nada pudo descubrir, relativo á María, y como el anciano capellan su padrino, habia muerto ya hacia tiempo, el obispo se encontró en una perplejidad terrible. Bien conocia que la difunta abadesa no hubiera experimentado tantas angustias por una persona de origen vulgar. Las últimas palabras de la moribunda le habian dejado entrever que María era vástago de una ilustre familia; pero tan incompletos indicios no le bastaban para cumplir con el rigor de los cánones eclesiásticos: resolvió, pues, consultar á la nueva abadesa de Nuestra Señora de Soissons. Precisamente habian elegido á la priora á quien la abadesa habia severamente reprendido antes de su muerte, la que sin poderlo remediar, conservaba un sentimiento de amargura y aversion contra la protegida de la difunta. Discutió con severidad y rigor la cuestion que le presentaba el obispo, y le demostró que el testimonio verbal de la abadesa difunta,



por respetable y digno de crédito que fuese, no podía reemplazar á las pruebas escritas de nobleza y legitimidad que exigian la regla de la orden y los cánones de la iglesia. — Aun si la abadesa hubiera nombrado al padre y madre de esa jóven; pero no ha articulado más que algunas vagas palabras entre las convulsiones de la fiebre y de la agonía! Creedme monseñor, tengamos resolucion para cumplir hasta lo último y por completo los deberes que nos están impuestos. Nadie padece más que yo, por la infraccion cometida, hace veinte años, en el convento de Nuestra Señora, por la presencia de una extranjera.

—Y qué! preguntó el obispo, tendriais intencion de despedir á la jóven María del convento en que habita desde que nació?

—Monseñor, al recibir de vuestras manos la investidura del título de abadesa, he jurado respetar y hacer respetar la regla del convento que gobierno con peligro de mi conciencia. La presencia de una extranjera aquí, es contra la regla y acarrea graves inconvenientes.

—Y que quereis que se haga con esta pobre criatura, ignorante del mundo y cuya vida se ha pasado dentro de un claustro, sin contacto alguno con las cosas de la vida real.

—Monseñor la colocará en otro convento.

—¿Con que vos, dijo el obispo con severidad, me aconsejais que infrinja en otras casas religiosas las reglas cuya ejecucion tan rigurosamente reclamais para este convento?...

—Monseñor ejecutará lo que tenga por mas conveniente: no es á una humilde religiosa á quien pertenece darle consejos. Yo cumplo con mi deber, pido la observancia rigurosa de la orden, pongo término á los abusos fatales para la disciplina del convento. Aquí concluye cuanto mi conciencia me prescribe.

Salíó, saludando con respecto al obispo, que se quedó solo, descontento y perplejo, por que la nueva abadesa estaba en el lleno de sus derechos y no hacia mas que cumplir su deber con severidad. Triste é indeciso fué á dar á María estas malas noticias.

La jóven se hallaba en aquel momento de rodillas en el coro, cerca de la losa sepulcral que cubria el atahud de su bienhechora. Al ver al obispo corrió hácia él llena de esperanza, mas en cuanto fijó su vista en el místico semblante del prelado todo lo comprendió.

—Nada habeis hallado entre los papeles del obispo vuestro antecesor?

El prelado bajó la cabeza por toda respuesta.

—¿Así, no podré tomar el velo y consagrar mi vida á Dios? Cúmplase su voluntad divina. Me

queda el doloroso consuelo de pasar mi vida rezando y llorando sobre el sepulcro de mi bienhechora.

—¡Ah! hija mia, ni aun esa triste felicidad os dejan! La regla de la abadía de Nuestra Señora de Soissons, prohíbe que se reciban en el claustro mas pensionistas que las destinadas á tomar el velo.

María lanzó un grito de terror.

—¡Me despiden! exclamó, ¡Oh Dios mio, me despiden!

El obispo quiso cogerla de la mano; pero ella le rechazó.

—¡Me despiden! volvió á decir. ¡Lo ois bienhechora mia, lo ois, santa mujer, y no pedis á Dios que me llame á vuestro lado! Me echan á la calle! Y ¿qué quereis, monseñor, que sea de mí en el mundo, que no conozco, y cuyos padecimientos y miserias ni aun sé de oídas? Sin protector, sin asilo, sin pan tal vez! ¡Oh Dios mio Dios mio, tened compasion de mí y hacéd que muera.

—No os entregueis á la desesperacion, dijo el obispo profundamente compadecido; hallareis un asilo en mi casa; yo soy muy viejo y pocos dias me quedan de vida, pero sabré dejaros despues de mi muerte á cubierto de las asechanzas y peligros del mundo. Vamos, hija mia, seguidme y poned término á tan dolorosas emociones; abandonando este recinto.

Ya se la iba trayendo suavemente, cuando se le escapó para irse á poner de rodillas sobre la tumba de su madrina.

—A Dios! exclamaba; á Dios! madre mia. A Dios, la que tan cariñosamente me ha sostenido en mi juventud! vos que me ofreciais á vuestro lado una existencia tan dulce y tan pura! A Dios! me despiden de este claustro: me prohiben el venir á orar sobre esta losa, me despiden, madre mia, me echan á la calle! ¡Oh! no escuchais mis quejas y mis suspiros! Vos no velais por mí! Vos ya no me amais, cuando vivo todavia antes de salir de este convento del que me arrojan!

El obispo la sacó fuera de la iglesia, la hizo subir á su lado en la litera que le esperaba á la puerta de la abadía y la condujo al palacio episcopal.

El obispo de Soissons, como ya se ha podido ver en el coloquio que tuvo con la nueva abadesa de Nuestra Señora acerca de la huérfana, era un anciano dotado mas de caridad que de firmeza de carácter. Habitado hacia largo tiempo á las costumbres de la corte de Francia, no hacia mas que cinco ó seis años que habia venido á residir en su diócesis, donde procuraba pasar en medio de una vida grave y severa los dias de



existencia que á Dios pluguiera concederle. Habia traído á su destierro, como el decía, á su hermana la señora Lidoria de Penevent, viuda del conde de este nombre, y que habia ejercido sobre su esposo hasta el momento en que pereció de un arcabuzazo delante de Rouen, la autoridad mas absoluta y mas tiránica. Viéndose viuda vino á buscar un asilo junto á su hermano, porque la muerte del conde la dejaba casi sin medios de subsistir é influyó mucho en la determinacion que tomó el obispo de salir de la corte para residir en su diócesis. Poco á poco, y sin mucho trabajo ni resistencia, se apoderó del espíritu de su hermano, conforme se habia apoderado del espíritu del difunto capitán, y no gobernó menos imperiosamente al uno que al otro. Nada se hacia en la casa sin el beneplácito de la señora Lidoria. Siempre vestida de negro desde los pies á la cabeza, y la barba engastada en su almidonada valona de viuda, presentaba por costumbre una cara avinagrada y descontenta: gruñona desde por la mañana hasta la noche, siempre tenía por que reprender, nunca aprobaba y ponía en práctica aquel pensamiento de yo no se que emperador romano: «Que me aborrescan, con tal que me teman» En los primeros tiempos de esta dominacion, el obispo acostumbrado á su vida dulce y tranquila no dejaba de revelarse de cuando en cuando; mas como era preciso estar en una guerra continua y al fin la resistencia de nada aprovechaba, por que la victoria quedaba siempre por su hermana prefirió al fin una sumision pacífica á una sumision tempestuosa: así á lo menos se ahorrraba ruido y fatiga.

Ahora que se conocen estos detalles se comprenderán los apuros del prelado al acercarse á su casa con la jovencita. Habia cedido al pronto á los sentimientos de su buen corazon y á la compasion muy natural que le inspiraba el abandono de Maria, pero entonces casi se arrepentia de su accion caritativa, por que sabia que á su hermana, no le acomodaria maldita la cosa, el tener una estrangera consigo, y sobre todo una desconocida cuya admision en el palacio episcopal no habia ella autorizado de antemano.

Cavilaba para encontrar algun medio de presentar á su protegida bajo un punto de vista favorable, y ninguno le ocurría: á pesar del rigor de la estacion le corria el sudor por la frente y su corazon palpitaba con violencia. Imposible era ya volver atras, la suerte estaba echada y era preciso seguir adelante, fuesen las que quisiesen las consecuencias de su resolucion. Maria habiendo salido ya de la abadía de nuestra Señora, aunque hubiera querido volver se hubie-

ra encontrado las puertas cerradas irremisiblemente. Se acercaba pues hácia el peligro acusando entre sí á las mulas porque trotaban demasiado aprisa y conocia que le faltaba el animo á medida que iba distinguiendo las ventanas de su casa. Al fin las mulas se pararon, y uno de los dos pages que seguian detras de la litera, vino á correr las cortinas y poner el banquillo por donde se bajaba de esta especie de carruajes.

El obispo bajó primero y presentó á Maria el brazo en el que ella se apoyó temblando: así fué como subieron las escaleras del palacio arzobispal de Soissons.

### III.

#### QUE NO CONVIENE MIRAR POR LA VENTANA.

No hay cosa que inspire tanta elocuencia y astucia, como la necesidad. Al subir las primeras gradas de la escalinata, el buen obispo no sabia aun de que modo presentaria á Maria á la terrible viuda, para que tuviese acogida menos terrible; pero á medida que se acercaba á su hermana, y que el peligro era mas inminente sus ideas confusas y sobresaltadas se iban combinando en términos de surgirle dos ó tres medios de mejorar la difícil llegada de la joven. Al poner el pie en el descanso de la escalera ya estaba resuelto á decir á la señora Lidoria que la joven religiosa no venia á casa mas que interinamente: que el no habia querido decidir de su suerte antes de tomar los buenos consejos de su hermana, y aun se prometia como un medio seguro de obtener buen resultado, el no dejar traslucir sus deseos de conservar á Maria en su casa, sino llevar el extremo hasta manifestar repugnancia á esta última determinacion.

Este proyecto hubiera sido feliz sin duda alguna, si la fatalidad no hubiera venido á echar á pique los planes del digno prelado.

Fué el caso, que en el momento en que el page que le precedia abrió la puerta de la señora Lidoria, por aturdimiento ó por torpeza lo hizo tan bruscamente que dió un coscorron y aun escalabro á la irritable viuda que salia á recibir á su hermano.

El page recibió un bofetón aplicado por la mano mas seca que hujo jamas pegada al brazo de dueña; pero este holocausto de la mejilla blanca,



y sonrosada del niño, no bastaba á templar la cólera de la enfurecida señora.

Al ver la mirada que dirigió al obispo y á su protegida, conoció aquel que todo estaba perdido, y hubiera querido huir, mas perdió toda su resolución.

María tímida como una jovencita que sale del convento por la primera vez de su vida, estaba temblando y con los ojos bajos.

—Eh! hermano mio, dijo la viuda á quien la efervescencia de la cólera concedía el don de vista doble, qué significa esto? Nuestra casa debe servir de refugio á todos los vagamundos que os encontréis al paso?

—Hermana mia, contestó el obispo entre dientes y sin saber lo que se decía, si vos la abandonais, qué será de esta pobre muchacha?

—Y quién es esta pobre muchacha? preguntó la gruñona señora.

El obispo le contó en pocas palabras la historia de María.

—No faltaba mas que esto en casa! interrumpió la viuda.

Por santa Lidoria mi patrona, ya lo tenemos aqui! Dios quiera que no sea causa de grandes pesares.

—Vaya! hermana, vaya! dijo el prelado con enojo, tales palabras no debian salir de vuestros labios! y delante de las gentes de mi casa! delante de esta jóven!

—Ya vereis como esta jóven, que ya me cuesta un sermoncito vuestro, concluye por echarme ella misma!

—Pero...

—Echadme á mi si lo preferís así, y si ha de ser cuanto antes mejor.

María que estaba llorando á lágrima viva, se arrojó á los piés de la señora Lidoria.

—Señora, exclamó, me hallo sin asilo, sin guia, sin apoyo, sola en el mundo! Salgo de un convento del que me arrojan y en el que había entrado casi el dia de mi nacimiento; pero antes de causar disgustos á monseñor, antes de escitar vuestra indignacion, quiero mas salir de esta casa: prefiero morir!

La Sra. Lidoria queria satisfacer su deseo de enojarse; pero no queria cometer una mala accion, la desesperacion de María la conmovió tanto mas cuanto que el dolor de la herida de la cabeza ya se habia enteramente disipado.

—Vamos, niña, dijo ella, que no se trata de echarla á la calle! No quiero yo que digan en Soissons que echo yo del palacio episcopal á los que mi hermano concede hospitalidad. Aqui hallareis un asilo, hasta que nosotros des-

hallamos determinado lo que se hay que hacer con vos.

Seguidme y dejad lágrimas y sollozos que para nada sirven.

Acostumbrada á las tiernas caricias y á la solicitud maternal de la abadesa su madrina, cuando María perdió el único afecto que conservaba en el mundo, no habia hallado á lo menos en el convento, mas que frialdad é indiferencia; pero á vista de aquella proteccion que le arrojaban como una limosna, sintió que se le oprimió el corazon y retrocedió delante de tal hospitalidad.

—Id, hija mia, la dijo cariñosamente el obispo, seguid á mi hermana.

—¿Qué haceis? Venid! añadió la vieja, y cogiendo del brazo á María que se sintió apretada como un gorrion en las garras del águila, se la llevó á los aposentos interiores.

Habia tanta dulzura, tanta resignacion en el caracter de la jóven, que á fuerza de paciencia logró ganarse el afecto de la anciana muger, y casi hacerse amar de ella; pero Lidoria amaba tambien á su hermano, y se puede conjeturar por las tracamundanas que armaba al digno y pacífico prelado, lo que tendría que sufrir la pobre María.

A la menor equivocacion en las órdenes que recibia de la viuda, tenia que sufrir las mas violentas reconvenciones y someterse á descortesias y amargas indirectas sobre su ignorado nacimiento y su pobreza, que la ponía á merced de la caridad episcopal.

Fuera de esto, casi estaba desempeñando con la viuda el oficio de camarera, no se apartaba de su lado un solo momento y aún por la noche dormía cerca de ella en un gabinetillo. Así que la señora Lidoria experimentaba el menor insomnio, su voz implacable llamaba á María que no disfrutaba mas reposo y consuelo que durante su sueño.

Tenia que estar de pié derecho á la primera voz de su ama, y venir al instante á sentarse á la cabecera para escuchar su tos y no perder ninguna de sus quejas por la desgracia de no poder dormir, y ponerse á leer las horas de la buena señora hasta que sus ojos se cerrasen y concluyese por volverse á dormir.

(Continuará.)

E. B.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.